

Aunque Dios conmigo no habla, yo
sé que me conoce.
A antiguos vientos brindé mi llanto.
La estrella sube, la estrella baja...
espero mi propia llegada.

...
alguien cuenta mi historia
y alguien, a los personajes mata.

(p. 30, *Vaga música*)

en los poemas de los años 50 y 60 se
consume por completo. Con frecuencia
los textos pertenecientes a estos
periodos terminan con una reflexión
dolorosa.

No tenemos bienes, no tenemos
tierra
y no vemos a ningún pariente.
Los amigos, difuntos,
y el resto insensible e incierto.
Entre voces contradictorias
Dios es omnipotente:
Dios respondía en el pasado
y hoy ya no responde.

...
Soñamos ser. Mas ¡ay! ¿Quiénes
somos
en esta alucinada muchedumbre?

(p. 86, *Metal rosicler*)

La obra poética de Cecilia Meireles
testimonia un irresoluble dilema: el
sentimiento de la orfandad cósmica y el
deseo de una sacralidad imposible. La
temporalidad encarnada en el ciclo
repetitivo del nacer, crecer y morir,
reitera la incapacidad de abarcar el
absoluto al igual que reafirma la
necesidad que de él tenemos. El único
consuelo que queda es el poema, punto
mediador entre vida y tiempo. Queda el
canto, testimonio permanente de
nuestro fugaz paso sobre la tierra.

Canto porque el tiempo existe
y está completa mi vida.
No soy alegre ni amargo:
soy poeta.

...

Sé que canto. Y la canción es todo.
El ritmo del ala tiene sangre eterna.
Y un día sé que estaré mudo:
ya nada.

(p. 23, *Viaje*)

Rocío Montiel

Una muestra dispareja

Era necesaria una muestra actualizada
de lo que es, o mejor: lo que fue la poe-
sía española de postguerra. España ha
sido siempre para Latinoamérica una
muestra extraña de seducción y desen-
canto. Lo primero es comprensible: es
el modelo metropolitano que trata por
todas las formas de incidir ideológica-
mente en sus neocolonias. Esto es tan
cierto que la verdadera cultura latinoa-
mericana (incluyendo a Brasil, por lo
que es pasible de ser ampliado el mo-
delo a lo ibero) siempre ha sido una al-
ternativa crítica a los patrones euro-
peos, cuando no verdaderos gestos de
devoración antropofágica de los valores
establecidos por la metrópoli. Hay dos
casos paradigmáticos alternativos a la

▲ José Olivio Jiménez / Dionisio Cañas: 7
poetas españoles de hoy. Editorial Oasis, Mé-
xico, 1983.

influencia crítica en lo que se refiere a
nuestra poesía: los de Sor Juana y Ru-
bén Darío. De manera que era de espe-
rarse una puesta al día en lo que con-
ciene a la poesía de postguerra espa-
ñola como adelante de una puesta al
día totalizadora de la poesía española.
De ahí que José Olivio Jiménez y Dionisio
Cañas han reunido en un sólo volu-
men a siete poetas de la llamada gene-
ración de postguerra: por orden de apa-
rición, José Hierro, Carlos Bousoño,
Angel González, Jaime Gil de Biedma,
José Angel Valente, Francisco Brines y
Claudio Rodríguez.

Un rasgo se hace evidente a los ojos
del crítico en forma inmediata en la
poesía de estos siete poetas, que toca a
todos por igual: la huida más que obvia
de todo tipo de experimentalismo. En
este aspecto, esta poesía de postguerra
se opone a ciertos credos de la genera-
ción del 27, que había patentado un *pu-
rismo* que en el plano del lenguaje se
veía a través de una intensa búsqueda



Jaime Gil de Biedma

Escepticismo moderno e ideas contemporáneas

formal. Pero más que los logros en el nivel personal, lo que llamaba la atención en la generación del 27 era una actitud global de sus exponentes ante la poesía. Un ejemplo claro es la piedra de toque del movimiento que puede verse en el homenaje a Góngora, el poeta más radical de la poesía española, a través de lo que García Lorca llamaba las "llagas de plata" del poeta cordobés, aludiendo a la dignidad de su figura que se vio sumida en el olvido por más de tres siglos. En esa actitud abarcadora de la totalidad de la poesía, cifrada en el gesto de desmarginalizar a Góngora, está patentado el ideario estético de la generación de preguerra (que pagó con creces, a través de la suerte corrida por cada uno de sus integrantes, las consecuencias inmediatas de la guerra civil). En oposición casi ideológica al modelo estético de la generación del 27, se levanta la poesía de los poetas de postguerra, que prácticamente niega la anterior, con una excepción significativa y solitaria en la figura de Luis Cernuda. Con estos actores renace una doble vertiente intimista y social, teniendo como figuras principales de cada una de las puntas de la vertiente a Claudio Rodríguez y a José Hierro, respectivamente. Como prolongación del intimismo que mide su eficacia a través de la apología del "yo" romántico, se instala una poesía de cultivo textual que tiene como exponentes más radicales a José Ángel Valente y a Francisco Brines. De los siete poetas antologados, son Valente y Rodríguez los que merecen una atención mayor, por tratarse de las figuras que han influido de manera más determinante en los jóvenes poetas españoles. Carlos Bousoño es un excelente crítico literario y aun un teórico eficaz, pero su obra poética no está a la altura de su vertiente ensayística. Ángel González es un poeta menor a todas luces. José Hierro resulta ilegible en la actualidad. Su poesía fue muy marcada por la guerra civil y, pasado el conflicto y sus consecuencias más dolorosas, su lírica se siente trasnochada y demasiado coyuntural. Jaime Gil de Biedma se ve antologado junto a poetas que nada tienen que ver con él, y es sin duda alguna, el poeta más comprometido vitalmente de la antología. Así, la muestra se ve muy dispareja, pero aun así no carece de interés.

Eduardo Milán

Dos libros recientes y especialmente atractivos del estante de filosofía del Fondo de Cultura Económica son la *Historia del escepticismo* (desde Erasmo hasta Spinoza) escrita por Richard H. Popkin y la compilación de pláticas con filósofos actuales, *Men of ideas*, preparada por Bryan Magee. Más allá de las meras coincidencias editoriales, se trata de dos textos de características formales y propósitos específicos sumamente distintos: mientras que la investigación de Popkin es un manual de historia de las ideas —es decir, un rastreo crítico de las ideas escépticas durante el periodo histórico indicado en el título—, el libro de Magee es una serie de entrevistas con algunos filósofos del mundo contemporáneo que no pretenden tanto hacer historia de la filosofía, o bien, historia de las ideas, como hacer filosofía viva, como hacer aflorar ideas mediante la provocación de preguntas radicales. No obstante, creo que tienen en común —en un sentido que en cuanto a Popkin intentaré precisar a continuación— la finalidad general de contribuir, cada cual a su manera, al enriquecimiento del filosofar actual.

I

El estudio de Popkin —cuyo título tiene resonancias muy holandesas— es la versión ampliada y mejorada de un primer ensayo publicado en 1963. Se trata, pues, del fruto maduro de un largo, continuado y elaborado trabajo de investigación cuya significación rebasa por supuesto el rango de la erudición histórica: corrobora el hecho de que en filosofía las revisiones históricas particulares, cuando en verdad son detalladas y penetrantes, arrojan luz sobre el problema teórico estudiado. El libro de Popkin tiene un mérito más: el examinar con esmero el problema del escepticismo durante el Renacimiento (en el periodo que va de 1500 a 1675), sirve de introducción a la problemática de la

▲ Richard H. Popkin: *La historia del escepticismo desde Erasmo hasta Spinoza*. Fondo de Cultura Económica, México, 1983. 400 pp. Bryan Magee: *Los hombres detrás de las ideas. Algunos creadores de la filosofía contemporánea*. Fondo de Cultura Económica, México, 1982. 332 pp.

filosofía moderna —problemática eminentemente epistemológica cuyo meollo teórico es probablemente el del criterio de verdad y conocimiento— e indirectamente, al caracterizar el espíritu científico de la modernidad, tiende algunos rieles hacia la problemática fundamental de algunas vertientes de la filosofía contemporánea —por ejemplo: el positivismo, el pragmatismo, la fenomenología, la filosofía analítica—. (Hay que añadir que el recorrido histórico-problemático de Popkin está abiertamente documentado con textos directos y sazonado con curiosidades y episodios pintorescos, lo cual da la grata impresión de resucitar el ambiente intelectual de la época.)

El tema que le interesa fundamentalmente a Popkin es el del escepticismo religioso, y dentro del mismo confiesa que su simpatía se inclina hacia "quienes se valieron de las visiones escépticas y fideísta de los *nouveaux Pyrrhoniens* con propósitos religiosos antes que seculares" (p. 21); pero para esclarecer el escepticismo religioso es necesario el estudio paralelo del escepticismo epistemológico.

¿Qué decir en general del *escepticismo*? Muy en general, diré que el escepticismo —que en Occidente surgió y se consolidó en Grecia, en la era helenística, con Pirrón y otros— es la tendencia a la incredulidad y a la duda con respecto a las pruebas que se aducen para justificar racionalmente una aseveración. (Así, pues, un escéptico puede no dudar de la existencia del mundo pero sí de que pueda proporcionarse una justificación racional y filosófica, necesaria y suficiente, de esa evidencia, y suspender el ánimo y el juicio, esto es, no decir sí ni no, con respecto a la cuestión.) Y entonces, el escepticismo, doctrina *sui generis*, se convierte en una guillotina intelectual, en una lámina inexorable que cae sobre las cabezas de todos los sistemas filosóficos, de todos los dogmatismos optimistas, de todos los discursos humanos. Después de un receso histórico considerable —durante la Edad Media— el escepticismo griego resurge en el Renacimiento con la siguiente salvedad que apunta Popkin: los escépticos de los siglos XVI y XVII eran, casi sin excepción, creyentes sinceros de la religión cristiana, si no a través de la razón, sí a través de la fe; por lo menos en este periodo se puede apreciar que "escéptico y creyente no